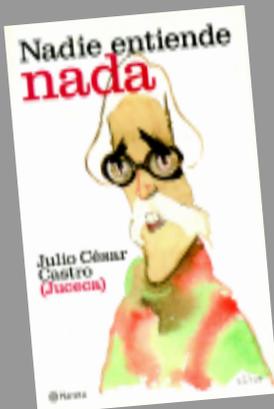


Estimado Dr. Fernández:

Muy doctor mío:

Lo de la receta no marcha. Pese a los esfuerzos realizados, no hay caso, ellos tienen dificultades. Usted me diagnosticó un leve trastorno psíquico que, a su sabio entender y acumulación de conocimientos adquiridos a través de la lectura de esa biblioteca de puro Freud y minga de Salgari, requiere de pastillas cuya ingestión habría de ocasionarme un estado de felicidad, que si bien no llegaría a ser plenamente plena, porque no la hay, haría sí más llevadera esta inquietud que me aqueja y de la que le he hablado tan largo como tendido. No he de ser yo quien me atreva a formular juicios sobre su caligrafía, Dr. Fernández, pero ellos tienen dificultades. Mi condición de paciente me exime de la truculenta tarea de traducir recetas médicas. Ocurre, entre muchas otras cosas que ocurren pero no vienen al caso, que sigo perteneciendo a la categoría de los pacientes respetuosos de la divina ciencia, los sumisos, los temerosos, los incapaces de abrir el sobre de la placa para mirarla a trasluz, o de leer el resultado del análisis de orina. Esas cosas no se hacen. Por más que uno sea dueño y señor de sus males, ya sean estos físicos, psíquicos o de alguna otra naturaleza, escudriñar los resultados dirigidos al científico a cargo, es violación de correspondencia. A esta altura se preguntará usted, Dr. Fernández, qué pasó con la receta en cuestión. Le repito: ellos, los farmacéuticos tienen dificultades. El primero al que se la llevé, la miró, la hizo girar entre sus dedos, me observó atentamente, y me preguntó: ¿Esto lo hizo usted? Pensé que, por error, le había entregado una servilleta que minutos antes había garabateado con poemas y recuerdos, en un viejo café y bar al que solía ir con la chica de quien tanto le hablé, no sé si acuerda, que tocaba el arpa y al mismo tiempo me tejía una bufanda que al final se

El Cuento



Carta a un
médico
por JUCECA

Ellos tienen
dificultades*

la regaló al mozo por lo bien que le servía el cortado con espuma. Lo cierto fue que por un instante tuve vergüenza de que el farmacéutico se enterara de mis sentimientos más íntimos, aquellos revelados solamente en su divino diván, pero en el acto recordé que la servilleta había terminado hecha una pelotilla jugada de taquito en la vereda. Lo que le había entregado al farmacéutico era, indudablemente, su receta. Así se lo hice saber ante aquella pregunta de si yo era el autor, y el buen hombre se fue a sentar a la balanza de junto a la puerta, y allí se rió un largo rato, con una risa que al hacer elevar la aguja me permitió conocer todo el peso de la burla. En la segunda farmacia donde presenté la receta de marras, me aconsejaron que buscara asesoramiento en la embajada de Egipto. En otra, entre dos empleados me expulsaron de buena manera, y cuando me iban retirando del brazo con un dulce "Vaya, señor, vaya", una viejita que había entrado a comprar una bolsa de agua caliente miró la receta de reojo, y vaya usted a saber qué vio en ella, que se puso a gritar como Hitler. Con una agilidad impropia de una anciana, y con una furia seguramente a cumulada a lo largo de una existencia preñada de frustraciones, me golpeó varias veces con una cartera en cuyo interior, creo firmemente, guardaba dos ladrillos. No sin antes tropezar con un ciego que estaba entrando al tanteo, salí a la calle perseguido por las amenazas de la anciana que a voz en cuello me trataba de degenerado, escoria humana, inmundo vicioso, y comunista lujurioso. La

gente se detenía a mirarme y algunos alentados por los gritos de la vieja, aprovecharon la volada y al pasar me golpearon con sus portafolios. Cuando logré salir de la zona agitada por aquella vieja maldita, atontado aun por los golpes, presenté la receta a un ferretero, quien luego de echarle un vistazo me despachó un paquete de clavos de media pulgada, cuatro bisagras y un pestillo. La verdad que los clavos y el pestillo me vinieron bien, pero no sé que hacer con el pestillo, cosa que me tiene mal, me saca de quicio, me altera, me exacerba, bueno, usted ya me conoce. Por eso, si tiene algún sedante, algo para la ansiedad y el pánico, para los moretones y la humillación, le ruego me prepare una receta que habré de pasar a buscar por nuestro consultorio a cualquier hora menos diez. Pero eso sí, con letra de imprenta, por favor, porque ellos tienen dificultades.



(*) Este cuento integra el volumen *Nadie entiende nada*, publicado por editorial Planeta en 2003, el mismo año en que fallecía su autor, Julio César Castro, el inolvidable JUCECA. Recientemente la misma editorial puso a la venta *Hay barullo en El Resorte*, que reúne inéditos de Don Verídico. "Ellos tienen dificultades" se publica con expresa autorización de Planeta Uruguay, a la que agradecemos su gentileza.